

XXXI

El príncipe Zilah, en aquella soledad en que vivía en pleno París, se sentía dominado, absorbido por un mismo pensamiento, por una imagen imposible de rechazar, por un nombre que zumbaba continuamente en sus oídos, como en ciertas alucinaciones de esta índole.

Marsa, la adorada Marsa, aquella Marsa que se presentaba á su vista á todas horas, unas veces deslumbradora con su traje de boda, otras con la mórbida palidez que la cubría cuando la contempló paseando por los jardines de Vaugirard, llenaba por entero su corazón, y á despecho de la indignación que palpitaba en aquel hombre, la imagen de aquella mujer, á pesar de su falta, á pesar de su desgracia, poco á poco iba borrando todos los demás recuerdos, todas las otras pasiones.

Marsa, su último amor, puesto que él no veía ya delante de sí más que los años tristes en que el cabello encanece y la vida se hace doblemente pesada al hombre cansado de sobrellevar su carga. ¡Y no solo era su último amor, sino su único amor!

¡Ah! ¿por qué la habría amado? O ya que la amó, ¿por qué ella no le confesó que aquel mise-

rable Meuko la había engañado? ¡Quién sabe! Tal vez él hubiese perdonado y protegido á aquella doncella, viuda de la pasión que la dominara.

¿Viuda? No, puesto que Miguel vivía... ¡Ah! ¡si hubiese muerto!

Y Zilah se repetía, acariciando aquella idea como una esperanza: «¡Si hubiese muerto!» ¡Es decir, si entre él, Andras y Marsa no existiera el aborrecible recuerdo del amante!

¡Si Meuko hubiese muerto!

Al mismo tiempo que se hacía febrilmente esta pregunta, Zilah se acordaba de Marsa, postrada á sus pies, abatida, sin darle otra disculpa que la que se encerraba en aquellas apasionadas palabras, que hacían circular por las venas de aquel enamorado de la hermosa joven como un efluvio abrasador:

—¡Os amaba! ¡quería ser vuestra!

¡Ser suya! Al pensar en esto sentía en la piel así como escalofríos. Aquella hermosura, aquella juventud, aquellos labios que le prometían ardientes besos eran para él una tentación. ¡La hermosa tzigana que le había arrebatado la calma cuando la vió en casa de la baronesa Dinati era actualmente su mujer! ¡Su mujer! Podía, pues, castigar ó perdonar. En rigor la había castigado, puesto que la había arrojado á otra muerte: ¡á la locura! Y reflexionando de este modo, se preguntaba si era llegada la hora de perdonar á la princesa Zilah, castigada ya, arrepentida y casi moribunda.

En efecto, le habían dicho que Marsa seguía en Maissons libre de la crisis que sufriera ha-

poco, pero sin restablecerse del todo, siempre débil, anémica y viviendo como enclaustrada, haciendo todo el bien que podía, dando limosnas, rezando... y rezando quizá por él.

¿Por él ó por Menko?

¡No, por él! No era ella tan vil que mintiese cuando suplicaba, cuando pedia la muerte á Zilah, que tenia derecho de vida ó muerte sobre ella.

—Sí, derecho de muerte y tambien derecho de perdon—pensaba Zilah cuando se entregaba á aquellas divagaciones que sin cesar atormentaban su alma.

¡Ah! ¡si hubiesemuerto Menko!

Poco á poco Zilah notaba que era víctima de una excitacion muy dolorosa y queriendo aplacar su neurosismo, se dedicaba á recorrer las calles, aburrido de verse solo, y echando de menos como nunca la compañía de Varhely, cuya prolongada ausencia empezaba á inquietarle, volviendo luego á su hotel, rendido por la fatiga, pero sin conseguir nunca borrar de su imaginacion la vision importuna de Marsa. Con el dolor, á la larga se juntó el fastidio, y la vida, aquella vida lenta y monótona, siempre con los mismos sufrimientos, llegó á parecerle, más que melancólica, inaguantable.

—Hoy no almuerzo—dijo un dia á su criado.

Lo mismo su casa, que sus libros y hasta su criado concluyeron por serle antipáticos.

Se bajó á pié por los Campos Eliseos, y en la esquina de la plaza de la Magdalena se entró en un restaurant. Desde su asiento contemplaba

aquella parte animada de Paris, las góticas torres de la iglesia destacándose con su color gris sobre el azul del cielo, las hojas de los árboles cubiertas de polvo, el asfalto de las aceras, los transeuntes, los ómnibus pintados de amarillo, la actividad y el buen humor de la vida de la ciudad del Sena.

A poco de estar allí le sorprendió oír que le llamaban, y que á seguida aparecia delante de él, de pie y tendiéndole la mano como si pidiese una limosna, el viejo Vogotzine diciéndole con cierta timidez:

—¡Ah querido, cuánto me alegro de veros! Estaba almorzando ahí al lado—al decir esto señalaba á una mesa en que Zilah no se habia fijado—y sin duda el endiablado periódico que tenia ante mi vista habrá sido causa de que no me hayais notado... ¡Uf!... ¡Ah, si supiérais! ¡Yo me ahogo!

—¿Pues qué pasa?—preguntó Andras.

—¿Que qué pasa? Miradme, todavía debo estar como la grana.

Aquel desgraciado Vogotzine, que por casualidad habia entrado en el restaurant, donde acababa de almorzar, y que en aquel momento hubiera querido hallarse en el jardin de Maissons-Laffitte gozando de su fresco ambiente, mecándose á la sombra de los árboles en el *rocking-chair* de que Marsa no hacia ya uso; Vogotzine, que, segun costumbre, acababa de comer excesivamente, habia tenido la mala ocurrencia de hacer que le trajeran un periódico ruso, *Le Nouveau Temps*, y leyéndole entre sorbo y sorbo de

un kummel tan desabrido que casi echaba de menos el aguardiente de semillas, el *vodka* de sus soldados, sus ojos tropezaron con una correspondencia de Odessa, en la que se daba cuenta con todos sus detalles de la ejecucion de tres nihilistas, dos de ellos aristócratas, á quienes se les habia conducido á la plaza del Abattoir, vestidos de negro, con la espalda vuelta hácia el tronco de caballos que les arrastraban, y ostentando cada uno en el pecho un cartel con esta inscripcion escrita en letras blancas: «Criminal de alta traicion.»

Aquel relato hizo temblar al pobre Vogotzine de piés á cabeza. ¡Diablo, diablo! Cada detalle de la ejecucion, que no dejaba de ser bastante melodramática, le causaba un efecto atroz, como si le introdujeran un hierro candente en el estómago. Veía realmente el cortejo, los tres cadáveres pintados de negro, y detras de cada uno de ellos el negro ataúd cubierto de un sudario gris y la fosa abierta debajo del patíbulo.

A su imaginacion se presentaba tambien el cuadro formado por un batallon de infanteria y una *sotnia* de cosacos, y dentro de él Froloff el verdugo, en pié, con su roja camisa, su ancho pantalón de terciopelo negro metido en las botas y teniendo á su lado un capellan muy pálido, vestido de funeral.

—¿A quién demonio se le ocurre poner esas cosas en los periódicos?—murmuraba Vogotzine.

En su azoramiento, creía oír al notario leer la sentencia, veía al sacerdote presentando la cruz á los condenados, y á Froloff que, antes de

taparles la cabeza con los capuchones de sus túnicas, degradaba á los que eran nobles, rompiendo sus espadas sobre sus craneos...

Y entónces, todo sofocado, Vogotzine tiraba el periódico al suelo, como quien se sacude la pelusa de los árboles, que le ha caído encima, y con la cara echando fuego, los ojos extraviados y fuera de sus órbitas, se llevaba su copa de kummel á la boca, dejándola vacía para serenarse. Le parecia que detras de él estaba Froloff poniendo sobre su cabeza la mano de verdugo y tomaba los brazos de los candelabros del restaurant por los palos de un patíbulo levantado para su ejecucion.

Fué preciso, para que consiguiera tranquilizarse, que Vogotzine se fijase en los mozos vestidos de negro, en el salón decorado del restaurant, en la animacion y alegría de los concurrentes, que de un salto le trasladaban á quinientas leguas de la plaza del Abattoir.

—¡El diablo se lleve á estos periódicos! ¡Qué estúpidos son! ¡En adelante no he de leer ninguno! ¡Ni uno siquiera! ¡Esto es absurdo! ¡Vaya un digestivo agradable!

Y despues de pedir la cuenta se preparó para marcharse al mismo tiempo que de tanto en tanto se llevaba la mano á la cabeza, como si sobre ella hubiesen roto su espada de general, causándole una contusion ó una herida.

Toda vía azorado, miraba á su alrededor, interrogando á los espejos de marco dorado, como para descubrir en ellos la sombra de Froloff y huir de él, cuando de pronto se aperoibió de que

allí cerca estaba sentado Andras, á quien al principio no conoció, y hacía el cual corrió dejando escapar, con una bocanada de alcohol, un grito de satisfacción, el grito alegre del niño que se ve perseguido y descubre un defensor:

—¡Vos!... ¡Ah, qué buena ideal!... ¿Vos aquí?... ¿Cómo os va?

Y tendiendo sus manazas á Andras, el príncipe pudo notar que el pobre Vogotzine vacilaba, y que apenas podía sostenerse. La gran cantidad de kummel que en muy poco tiempo había tragado, junto con el terror que le produjera la lectura, habían trastornado su cabeza con brutal emgriaguez, y el general, sin fuerzas para levantarse de la banquetta de terciopelo, con el nudo de la corbata deshecho y el cuello de la camisa desabotonado, presentaba una cara redonda y de color púrpura, la mirada atónita y los labios secos, que hacía sonar aplicando uno contra otro.

—¿Os admira el verme por aquí?—decía como si hubiera olvidado todo lo ocurrido hacía dos semanas... ¡Tambien á mí!... Pero me aburro tanto allí... en Maissons... *me hago viejo*, como decía en otro tiempo allá en Odessa la pequeña... la pequeña... eso es, la pequeña Estefanía... Y por esto me he venido á respirar el aire de París. ¡Mala ideal! ¡Si supiéseis! ¡Cuando pienso que eso puede ocurrirme á mí!

—¿El qué?—preguntó con indiferencia Andras. Y Vogotzine, mirándole todavía con sus ojos fuera de las órbitas:

—¿Qué?—decía con voz ahogada.—¿Qué ha de

ser, Froloff!... ¡Si, querido, Froloff! ¡La espada rota contra la cabeza! ¡el patibulo! Yo no soy nihilista. ¡Dios me guardel pero he desagradado al Czar.... ¡Y desagradar al Czar... brrr!... Figuráos, querido, la plaza del Abattoir... Odessa... Pero no, no hablemos ya más de eso—dijo repentinamente mirando á su alrededor, como si en aquel mismo restaurant viese, á caballo, la *sotnia* de cosacos, preparada para arrancarle de allí en nombre del emperador. ¡Ea, vamos! decidme, ¿por qué no vais alguna vez por Maissons-Lafitte?

Era preciso que estuviese borracho, para hacer al príncipe semejante pregunta.

Zilah fijó en él su penetrante mirada, en tanto que los pesados párpados de Vogotzine caían sobre sus ojos, llorosos por efecto del mucho kummel que había despachado.

Andras se levantó y salió del restaurant seguido de Vogotzine, que á duras penas podía sostenerse.

—Yo—dijo el general, cogiéndose instintivamente del brazo de Andras, el cual se dejaba arrastrar desde el momento que oyó pronunciar el nombre de Maissons-Lafitte, por más que hubiese salido de aquel odre de alcohol—yo me alegraría mucho... mucho... si volviérais... Yo me aburro, querido; ¡ah! ¡me aburro hasta más no poder!... Calculad... los balcones cerrados... Nada de ruido... la luz, ¡oh, la luz la molesta!... Los dias se hacen interminables, interminables... Nadie habla allí... La mayor parte de los dias cómo solo... ¿Queréis que os diga? ¡Pero queréis

que os diga? Marsa, sí, Marsa es muy buena... muy buena... solo le preocupan los pobres... los desgraciados... ¡Pero, por más que diga el doctor Fargeas, está loca!... ¡No hay que buscar el Mediodía á las dos... está loca!... ¡Está todavía loca!

—¡Loca?—dijo Andras conmovido y haciendo esfuerzos por mostrarse indiferente.

Andando despacio atravesaron el boulevard lleno de gente, Vogotzine deteniéndose y cogiendo á Andras, cuando hablaba por la solapa de su levita. Zilah hizo seña á un carruaje para que se detuviera, y obligó á subir en él al general, á quien fué preciso sostener en el estribo, diciendo al cochero:

—Al Bois.

—Os aseguro de veras que está loca—continuó repitiendo Vogotzine, tendido en los almohadones del coche.—Sí... loca—gruñía el borracho.—No come, no se peina... A la verdad, yo no sé cómo vive... En otro tiempo... sus perros... los paseaba... Ahora, me toca á mí ir con ellos por el parque... pobres animales... son muy dóciles... Todo lo más que dice alguna vez es... ¡Escuchad! «¿No ladran ya *Duna* ni *Bundas*?...» ¡Ah, si yo no tuviese miedo de que allí Froloff... sí, Froloff... qué pronto me volvería yo á Rusia!... ¡La vida de París... la vida de París me fastidia!... Ved, quiero disfrutarla... Cojo un periódico, ¿y qué encuentro? ¡á Froloff!... Además, querido, la vida de París, en Maissons-Laffitte, entre cuatro paredes, es imposible, vaya, sí, príncipe; ¿verdad que es imposible?... ¡Sabeis lo

que yo desearia? Desearia solicitar del czar el perdon...

Decidme, en último caso, ¿qué es lo que yo he hecho? No es cosa enorme. Faltando á las órdenes del czar, me estuve en Odessa cinco dias más de lo que me habian autorizado.. Si, allí habia una actriz francesa jovencita... que cantaba la opereta admirablemente... *Decidle que ha llamado la atencion, que se ha distinguido... Decidle que parece amable... ¡Encantadora!... Tener que dejarla, ¡oh! verdadera mente; esto me parece muy duro... Me quedo cinco dias, ¿es acaso esto una cosa extraordinaria? decid, Zilah, cinco dias. Pero ¡patatras! La jovencita era muy amiga... muy amiga... de un gran duque... más joven que yo necesariamente... Y hé aquí al gran duque celoso.*

Por aquellos dias precisamente se habla de una conspiracion en Odessa... Se me acusó de haber pasado el tiempo en el teatro en vez de estar vigilando a los conjurados... Hicieron más, querido, pues llegaron á decir que yo estaba metido en la tal conspiracion...

¡En Odessa! plaza del Abattoir... Froloff... La causa de todo fué Estefanía Gavaud... No se lo digais á Marsa... ¡Ah, la pequeña Estefanía... *Yo vi al viejo Baco sobre su roca fértil*... Tantín, no, la Tantín no cantaba esto, querido, como aquel diablillo de Estafanía.

Pues bien—decía Vogotzine entre dos eruptos apestados de kummel—á no haberme ocurrido todo esto, no arrastraría yo aquí esta vida estúpida... sí, como un molusco, como una cucu-

racha... con una mujer triste como cuaresma, que no habla, que no canta ya, que no hace nada, sino llorar... y llorar... ¡Fastidiosa!...

Lo digo como lo siento... fastidiosa, sí, por más que sea mi sobrina... Fas...ti... Y... verdaderamente, querido, me alegraría que volviérais... ¿Por qué os marchásteis?... Sí, sí, estas son cosas vuestras, no quiero preguntaros nada... Sólo que... sólo que seriais bien venido...

—¿Por qué—dijo Andras.

De pronto se detuvo y miró a Vogotzine.

—¡Ah! ¿por qué? Porque... —añadió el general queriendo dar á su embrutecido semblante de borracho una expresion de digna gravedad, casi diplomática...

—¿Qué pasa, decid? —replicó el Príncipe.— ¿Ha vuelto á ponerse enferma?

—¡Oh, ida, completamente ida, ya os lo he dicho! ¡Loca perdida! Desde hace dos días...

—¿Por qué desde hace dos días?

—¡Ah! Porque... desde hace dos días...

—¡Y bien! ¿qué?... ¿Qué ocurre?... ¡Hablad por fin, general!

—Es... el telegrama—balbuceó Vogotzine.

—¿Qué telegrama?

—El tele... el telegrama de Florencia.

—¿Ella ha recibido un telegrama de Florencia?

—Un parte telegráfico.... Papel azul.... Lo leyó delante de mí... Por cierto que yo creía que el parte era vuestro.... Ella dijo: «No sé cómo esos endiablados trozos de papel os hacen tan mal efecto....» En ocasiones ciertos tele-

gramas me han producido una indigestion... Os lo juro... ¡Y sin embargo, yo no soy apocado!

—En fin, Marsa.... Aquel telegrama.... ¿De quién era?... ¿Qué dijo Marsa?

—Ella se puso pálida como la cera.... Se echó á temblar.... Un ataque nervioso.... Y dijo: «Bueno, de aquí á dos días sabré por último si debo vivir!...» ¡Palabras, querido! Lo que si es cierto... cierto, querido... es que ella, ella espera esta tarde que vuelva... ó que no vuelva de Florencia.... Esto depende...

—¿Quién es?... ¿Quién? —exclamó Andras.— ¿Miguel Meuko?

—¡Yo no lo sé! —murmuró Vogotzine todo asustado, como si por detrás del coche, la mano de Froloff le tuviese cogido del cuello de su gabán.

—¿Es Meuko, verdad?—repetía Andras mientras el general, sin saber qué contestar — en medio del ruido de los carruajes y de todo aquel barullo y confusion que le rodeaba en aquel paseo, la borrachera le trastornaba más las ideas — articulaba algunas frases ininteligibles que parecían ronquidos.

Andras se sentía herido en lo más profundo por un nuevo dolor. ¿Qué significaba aquello? ¿De quién sería el telegrama? ¿Por qué le habria hecho á Marsa tal impresion? ¿De aquí á dos días sabré por último si debo vivir! ¿Quién podría arrancarle una exclamacion como aquella? ¿Quién, que no fuese Miguel Meuko, se hallaba íntimamente ligado con la vida de aquella mujer

para trastornarla de aquel modo, para volverla loca, como decía Vogotzine?

—Es Meuko, ¿no es verdad? Meuko — repetía Andras.

Y el grueso Vogotzine, estupefacto, atontado, dejaba escapar estas frases:

—Quizá pueda... Todo es posible...

Pero de pronto se paraba, como si, a pesar de su embriaguez, comprendiese que iba demasiado lejos y que podía ser causa de alguna desgracia.

—¡Ah! vaya, Vogotzine, vaya, ¡habeis hablado ya mucho para que no acabeis de decirlo todo!

—Sí, es verdad, he dicho ya demasiado... ¡Ah! ¡Quién me manda meterme en asuntos que no son míos!... Bueno, pues sí, el conde Meuko está en Florencia ó en sus inmediaciones... no sé á punto fijo... Hace poco, Marsa... me lo ha dicho sin querer... Se ha puesto furiosa... hablaba furiosa... sola... Yo no la preguntaba nada... pero su fiebre... su locura... ¿qué sé yo? En seguida ha redactado un telegrama para Italia... Pero luego lo ha roto, diciendo estas ó parecidas palabras: «¡No! ¡lo que haya de suceder, sucederá!...» Esto es todo. No sé más que lo que acabo de decir. Nada más.

—¡Ah! ¡miserable! ¡Es á él á quien esperá!— exclamó Andras.—¿Y cuándo?

—No sé.

—Vos lo habeis dicho. Esta noche. Esta noche, ¿no es verdad?

El viejo general se encontraba tan violento como si estuviese ante un consejo de guerra ó en manos de Froloff,

—Si, esta noche.

—¿En Maissons-Laffitte?

—En Maissons—respondió Vogotzine, casi sin saber lo que decía, borracho todavía.—¡Y todo esto me molesta... me molesta! ¡Creedlo, es fastidioso! Por eso me decidí á venir á Paris. ¡Buena idea!... Por lo menos en Maissons no hay pe-riódicos rusos.

Andras no dijo ya una palabra.

Hizo parar el carruaje, descendió ligeramente, y saludando al general con un «gracias» brusco como un sofion, se alejó de prisa, dejando á Vogotzine, que, con los ojos como bolas de lotería, procurando ponerse de pié en actitud digna, murmuró:

—¡Está bien, querido! de modo que ¿me dejáis aquí? ¡Solo? ¡Esto es una picardía!...

Y, como un niño abandonado, al viejo Vogotzine, inutilizado por el kummel, le faltaba poco—haciendo unos gestos cómicos—para llorar.

—¿Adónde vamos?—le preguntó el cochero.

—A donde queráis, amigo mio—respondió Vogotzine, todo afligido y como implorando humildemente de aquel hombre;—pero, por lo menos, no me abandonéis.

XXXII.

La situación acababa de aclararse para Zilah repentinamente. Ahora se explicaba aquel mal-estar indefinido que le dominaba hacía algunos días. Era como la percepción magnética de aquella nueva infamia que llegaba á su corazón. ¡Meuko estaba en Florencia! Meuko—porque solo él podía ser—había teleografiado. ¿Qué? ¿alguna cita á Marsa? Aquella noche, aquella noche misma se encontraría en aquella casa de que era dueña Marsa, Marsa, que, después de todo, ostentaba el título y nombre de los Zilah.

¿Era aquello posible?

¡Después de su casamiento, después de los juramentos y lágrimas de aquella mujer, aquellos dos seres, separados un momento, volvían á reunirse como si decididamente hubieran sido creados el uno para el otro, el cobarde para la miserable!

¡Y Andras, que casi, casi, se había dejado llevar por la compasión hacia aquella mujer! ¡Y había escuchado á Varhely—hombre honrado—que comparaba aquella joven perdida á un soldado vencido! ¡Aquel rudo Varhely—el intranquilo, como le llamaba—que después de haber sido también engañado por la tzigana, hablando

un día en Sainte-Andresse aconsejaba al marido ultrajado el perdón! Este último golpe le llenó de cólera y le puso fuera de sí, volviendo á su hotel como fiera pronta á saltar sobre su perseguidor.

—¡Esta noche estará en casa de ella! ¡Esta noche! ¡Esta noche!

Aquella idea le ponía loco.

—Vamos, es una villanía después de las otras muchas, una atroz villanía, una infamia nueva. ¿Cómo castigarla?

¿Castigarla?

¡Por qué no? ¿Acaso Marsa Laazlo no era su mujer? En aquella villa de Maissons-Laffitte, donde ella se creía en su casa, la ley autorizaba á Zilah á constituirse como dueño. Como esposo tenía derecho á entrar á cualquier hora y á pedir cuenta de su honor á aquella mujer.

—¡Oh! ella ha querido llevar el nombre de los Zilah. ¡Pues bien, que sepa al menos lo que cuesta y los deberes que le impone!

Esta idea le enfurecía y le hacía apretar los dientes con rabia.

Desesperado, iba y venía de un lado para otro por aquella estancia, en la que resonaban sus precipitados pasos.

—¡Y es princesa Zilah! ¡Si, princesa! Nadie puede quitarle el título que ella ha robado. ¡Princesa! Bueno. ¡El príncipe dispone de la vida de su mujer.

—¡De la de su mujer y de la del amante de su mujer!—añadió, conteniendo de pronto su espasmódica risa.

—¡Ah! ¡sí, allí estará su amante! ¡Allí estará ese Meuko, y sin embargo, me quejo! ¡ese hombre á quien he buscado, que se me escapó, viene ahora á ponerse en mis manos y todavía no doy gracias á la suerte que me proporciona tal alegría! ¡Esta noche! El estará en casa de ella esta noche. Tanto mejor... se hará justicia.

Cada minuto que pasaba aumentaba aquella fiebre que hacia latir violentamente sus sienes. Sentia agolpársele á la cabeza toda su sangre; ante sus ojos pasaban horribles visiones. Veia á Marsa presentando sus lábios á Miguel, aquellos lábios seductores y sonrientes, con los ojos medio cerrados y la espresion divina que habia en su rostro cuando Andras la vió desmayada de placer en sus brazos.

Habria sido capaz de dar diez años de su vida por encontrarse ya en aquella noche. ¡Esta noche! ¡Esta noche! ¡Qué largo es el dia! ¡Y cómo le abrasaba la fiebre, cómo rugía la tempeñad en él, atormentado por acerbo dolor y loco de coraje.

Esperaba con impaciencia que llegase el momento de ponerse en marcha y de sorprenderlos. Tentaciones le daban de esperar á Miguel Meuko en la estacion del ferrocarril de Italia para allí mismo escupirle al rostro. Pero ¿qué necesidad habia? Miguel aparecería en Maissons. Y en aquel sitio, en presencia de ella, le mataria en desafio si Meuko queria batirse, ó haciendo uso de su autoridad de esposo, como á un ladron nocturno si el jóven pretendia huir. Esto era preferible.

Sí, le mataria como un perro; si el otro...

Pero no. El húngaro, abofeteado á la vista de aquella mujer, ciertamente no retrocederia ante el cañon de una pistola. Marsa estaria allí como único testigo de aquel duelo. La sangre del Principe ó la de Meuko le salpicaria el rostro. Seria una mancha roja en su pálida mejilla: ¡el castigo!

Cerca ya del anochecer, Andras salió de su casa. La electricidad de un dia caluroso, amenazado de tempeñad, oprimía su garganta.

De uno de sus armarios habia cogido un par de pistolas que guardó en los bolsillos de su gaban. Una de ellas se la arrojaria á Meuko. No se proponia asesinar, lo que queria era castigar.

En la estacion no habia casi viajeros, y pronto Andras se encontró completamente solo camino de Maissons, ansioso de realizar su deseo, en tanto que la noche se le venia encima.

Andras iba avanzando en la oscuridad que solo permitia distinguir confusamente el sitio por donde andaba.

Pero ¿qué falta le hacia la luz? Maquinalmente sus piernas le habrian llevado adonde él se proponia.

Al salir de la estacion y atravesar á pie el puente del ferro-carril, para luego tomar por la avenida Longueil, que conduce al parque, habia, sin embargo, comenzado á experimentar una sensacion rara, como si nada hubiese ocurrido, como si poco á poco se viese libre de una molesta pesadilla.

En una especie de alucinacion casi voluntaria,

se figuraba ir al hotel de Marsa como el año anterior, y que ella le estaba esperando vestida con una de aquellas batas blancas que tan bien la sentaban, abrochando su cinturón de plata la olvidable hebilla de los ópalos. Y á medida que avanzaba se veía envuelto en una nube de recuerdos que parecían desprenderse de aquellos árboles ó brotar de aquel suelo.

Bajo aquellos frondosos tilos que formaban como una bóveda de catedral, había paseado muchas veces con Marsa. Se acordaba de las conversaciones sostenidas en aquellas horas de la noche, en que una bruma ligera plateaba aquel gran parque majestuoso y el castillo se destacaba vagamente como un palacio fantasma.

Aquellas fuentes cuyos juegos de agua producían una especie de canto armonioso, aquel espacioso prado encerrado entre dos líneas de árboles separados por la ancha faja de cielo, él los había recorrido ó contemplado llevando apoyada en su brazo á la tzigana, que desprendía un suave y delicado perfume. Y en la emoción que en él causaba actualmente la vista de aquellos objetos que contemplaba de nuevo, había la sensación de dolor punzante, que lejos de apaciguar, más bien avivaba la cólera en que ardía Andras, mortificando sus nervios, fatigando su cerebro y colocándole al borde de la locura.

No había en él más que un sentimiento muy amargo: el de la felicidad á la que pudieron servir de vida aquellas sombrías alamedas con su

deliciosa frescura, si el destino hubiera querido otorgarle lo que prometido le tenía.

—¡Ah! ¡Marsa! ¡desgraciada joven!— exclamaba.

A medida que Zilah se internaba en aquel parque, yendo recto, sin siquiera buscar el camino, hacia la casa en que *ella* vivía, todo penetraba en su corazón, todos los detalles de aquel día fiesta irónica y doloroso—el día de la boda—se retrataban fielmente en su imaginación. Separándose del camino se fué hacia la iglesia inmediata, deseoso de contemplar nuevamente aquella puerta que un día franquearon, ella deslumbradora con su vestido blanco, y él loco de alegría y de felicidad....

A aquellas horas la plaza de la iglesia estaba desierta. Las hojas de los tilos empezaban á caer. Un hombre, algún bracero de por allí cerca, dormía en el atrio de la capilla. Andras estuvo algunos minutos con la vista fija en aquella puerta de estilo gótico, que tenía incrustada una imagen de la Virgen.

Se preguntaba si en verdad fué el quien, en otro tiempo condujo á aquel templo severo á una joven que iba á ser su mujer, y no podía evitar que aquella triste iglesia cerrada le hiciera el efecto de una tumba.

Entonces interrumpió la contemplación de aquel dintel de piedra que servía de lecho á aquel hombre cansado—algún borracho, que de seguro sería más feliz que él—y se alejó en dirección del bosque hacia la residencia de Marsa.

Cerca de allí había—Zilah se acordaba perfec-

tamente—una especie de vallecillo en el cual el alcalde de Maissons ofreció á los cortesanos de Luis XIV una hospitalidad que igualaba á la que pudiese dar un rey, y en aquel rincón, lleno de misterio y de belleza, plegue de terreno encajado entre declives cubiertos de plantas y violetas, bosquecillo discreto, sombrío y desierto, digno de ser celebrado por Virgilio, cuyos grandes árboles, con sus troncos enlazados, tantas veces habian sido mudos testigos de sus arrobamientos amorosos, ¡que le habia hecho soñar Marsa un mundo de felicidad!

Aquellos dos amantes lo llamaban alegremente el *Valle de las violetas*.

Solo ellos conocian este nombre. ¡Y cuántos recuerdos encerraba! En aquellos momentos, todos aquellos recuerdos exasperaban y herian el corazón de Zilah, interponiéndose delante de él como un espectro. Agujoneado por estas ideas precipitó el paso, repitiéndose:

—Allí estará él, ella le espera! ¡Ya habrá llegado su amante!

Al extremo del camino, delante de la casa, silenciosa lo mismo que la solitaria capilla, Andras se detuvo.

—¡Allí está!

Antes de entrar, quedóse un rato inmóvil sin poder dominar su cruel desesperación.

¿Qué es lo que iba hacer, él, que hasta entonces habia vivido sin que la asquerosa baba del escándalo manchase su nombre?

Iba á matar ó á ser muerto.

¡Un duelo! ¿Y qué necesidad tenía de proponer

un combate, cuando, como marido tenía el derecho de castigar á aquel hombre y á aquella mujer?

Dejó de vacilar.

—¡Estoy en mi casa!—dijo en voz alta, yendo hácia la verja.

El ruido de la campanilla, que se oyó allá en el fondo del jardín, debió despertar á *Duna* ó *Bundas* y á *Ortog*, que tirando furiosamente de las cadenas con que estaban atados, confundian sus ladridos, á la vez que un hombre, en medio de aquella obscuridad, gritaba desde lejos al otro lado de la verja:

—¿Por quién preguntais?

—Por la princesa Zilah.

Aquel hombre avanzó.

Era un criado.

Andrés no le conocia ni le habia visto nunca.

—¿Quién sois?—dijo el criado aproximándose á Andras, con la mano apoyada en la cerradura interior de la puerta.

—¡El príncipe Zilah!

El otro, estupefacto, sin moverse, quiso ver la cara del príncipe á través de los hierros y en la oscuridad de la noche.

—¿Me habeis oído?—añadió Andras?

Y en tanto que tímidamente el criado entreabria la puerta para cerciorarse del aspecto del visitante, Andras empujó violetamente la verja, rechazando al criado, y una vez dentro del jardín, se acercó á aquel hombre, diciéndole:

—Como es la primera vez que me veis, mirad-

me bien, para que en lo sucesivo me conozcais. Aquí soy el amo.

La imperiosa y clara mirada de Zilah parecía de fuego en medio de la noche, y visto de cerca aquel rostro de soldado noble, instintivamente obligó á inclinarse al criado, que saludaba inquieto todavía y sin atreverse á decir una palabra.

Sin detenerse más, Andras se fué hácia la escalinata, empujando la puerta exterior, que se hallaba abierta.

Ella estaba con él.

Andras escuchó.

Sí, allí había un hombre, y el hombre hablaba.

¡Hablabá á Marsa! Seguramente estaría hablandola de amor.

¡Ah, Menko! Zilah le veía con su bigote retorcido, su sonrisa extraña y su fiero rostro algo pálido.

¡Miserable!

¡Y él estaba allí, allí, detrás de aquella puerta!

Una luz roja, filtrándose desde el salón en que se encontraba Marsa, se veía por las junturas de aquella puerta que el príncipe Andras casi estaba por echar abajo con los pies.

Sin embargo, se detuvo. De aquella puerta le separaba una salita sumida en la oscuridad.

En aquel momento por su imaginación pasaron rápidamente ideas de muerte. En medio del dolor que le ahogaba, como si le apretasen la garganta con mano de hierro, se sentía capaz de saltar, de entrar y de herir como un salvaje ó como un loco furioso.

¡Qué bien habían jugado con él los dos seres que estaban allí encerrados; aquella mujer que había mentido y aquel cobarde que abofeteaba á un hombre con unas cartas en las que en cada línea se leía la pasión, es decir, el engaño, la traición!

De pronto Andras, loco de ira hacia poco, se sentía como herido, atravesado por un puñal y casi á punto de caer desmayado; era que oía la voz de Marsa, el eco de aquella voz argentina y melodiosa, y que, á través de la puerta, llegaba á él como arrastrada por una corriente de pasión, de amor ó de alegría.

—¡Ea, adelante!—se dijo.

¿Qué esperaba? ¿Acaso necesitaba para anonadarlos con su aparición oír el ruido de un beso?

Sus manos febriles acariciaron las culatas de las pistolas.

Dió tres pasos adelante, atravesó el saloncito oscuro, y á tientas buscó el pestillo de la puerta, que levantó bruscamente, permitiendo que viniese á dar de lleno en su rostro la luz de una lámpara con pantalla de porcelana que alumbraba aquella habitación; y como petrificado en la misma puerta, al tiempo que dos rostros se volvían hácia él á la vez, dos rostros descoloridos; la cara demacrada de Marsa y el feroz semblante de un hombre; Andras se detuvo mudo de asombro.

Buscaba á Meuko y... se encontró á Varhely.